



Oralidad y escritura *La tecnologización de la palabra*, de Walter J. Ong

Mirtes Maria De Oliveira Portela

Al principio era el verbo. Como en la Biblia Sagrada, el libro llave de la religión cristiana, en Génesis, el primer libro de Moisés, los rasgos de la oralidad luego se hicieron evidentes en los varios «y» que introducen la narración de la creación del mundo: «[...] Y dijo Dios: Hágase la luz; y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena; y Dios hizo la separación entre la luz y las tinieblas. Y Dios llamó a la luz Día; y a las tinieblas las llamó noche. Y fue la tarde y la mañana, el primer día». Incluso impresos, hasta retocados para atender los gustos de quien los edita y de quien lo lee, también los cuentos de magia traen una clara relación con la tradición oral en el que fueran generados.

Esos ejemplos apuntan para el hecho, hoy, incontestable, de que en la alborada y a lo largo de mucho tiempo de la civilización del hombre sobre la tierra, la literatura tenía un destino oral y no escrito. Originalmente, la aprehensión de lo literario se debía por la percepción auditiva y no por el sentido visual, por la lectura silenciosa, como hoy es costumbre en las sociedades quirográficas, es decir, que desarrollaron la escritura y que, después, adoptaron la impresión.

Publicado en 1982, en lengua inglesa, traducido y editado en Brasil en 1998, *Oralidade e cultura escrita* fue escrito por el padre jesuita estadounidense Walter J. Ong, fallecido a los 90 años el 12 de Agosto de 2003. Una obra, que en 223 páginas y 7 capítulos, analiza las relaciones dicotómicas entre la oralidad y la cultura escrita, y prueba cómo el pensamiento y la expresión de ambas modalidades de la lengua se diferencian; al mismo tiempo, que investiga la actividad oral como recurso comunicativo y sus implicaciones en

los procesos cognitivos. Sin embargo, no pretende una normatividad interpretativa, en el sentido de la escuela literaria, como formalismo, estructuralismo, etc., el autor ofrece una explicación de los principales estudios académicos relacionados al asunto.

En ese estudio fundamental para todos los que se interesan por el tema de la oralidad y la invención de la escritura, Walter J. Ong observa que el lingüista Ferdinand de Saussure (1857-1913), así como su contemporáneo inglés Henry Sweet (1845-1912) destacaban la dimensión sonora de las palabras, pero observa que el primero consideraba la escritura «como una especie de complemento del discurso oral, y no como transformadora de la verbalización».

También, y más sorprendente aún, nos informa que es por medio de un estudio iniciado por Milman Parry (1902-1935) y finalizado por Albert B. Lord sobre la naturaleza oral de los epítetos homéricos en la *Odisea* y en la *Iliada*, que el tema empieza a recibir la atención de los teóricos de la lingüística aplicada y de la sociolingüística. Continuando en esa línea de investigación, uno de los nombres de mayor destaque fue Eric A. Havelock, seguido por McLuhan y Okpewho, entre otros.

Por otro lado, es constatado por el autor que todavía existe gran cantidad de autores que objetivan la comparación entre el lenguaje hablado y el escrito, de hablantes que dominan las dos expresiones de lenguaje. No es sobre eso que él habla. Su abordaje privilegia la tradición oral primaria, es decir, la de las personas que no saben leer ni escribir y por eso aprenden oyendo y repitiendo lo que oyen, haciendo uso de los proverbios y frases hechas preexistentes que, combinadas, expresan el saber de los que vivencian y observan las prácticas culturales colectivas, pero no las estudian.

Se debe resaltar, sin embargo, que de acuerdo con el autor, así como en aquellas comunidades de oralidad secundaria, que por oposición a la primaria, corresponde a las que poseen una cultura de alta tecnología, en el que la oralidad es transmitida por los medios de comunicación modernos, es posible encontrar resquicios preservados de la tradición oral en los textos escritos y que incluso les dan soporte estructural.

La tradición oral en Homero

Contra todas las experiencias de la crítica erudita, Milman Perry (1928), a partir de observaciones de otros estudiosos y de sus propias convicciones, descubre que la singularidad poética presente en la *Iliada* y en la *Odisea* tuvo su origen en la oralidad de los aedos y rapsodas, manuscritos dos o tres siglos después de los poemas creados. Además, en la estructura de los poemas de Homero había algo semejante a lo que se encuentra en las narrativas orales en todo el mundo: el engendramiento de la historia unida por la inserción

de frases hechas preexistentes, repetidas de acuerdo con la necesidad métrica y expresión de ideas vitales a la narrativa. Después de observar y oír a los cantadores de historias épicas de la ex Yugoslavia, cuyo sistema de creación poética era semejante a las producciones de Homero, Milman Parry (1902-1935) y su compañero de investigación Albert Lord llegaron a la conclusión que «virtualmente, todo rasgo distintivo de la poesía homérica se debe a la economía impuesta por los métodos orales de composición. Estos pueden ser reconstruidos por un estudio detallado del propio verso cuando nosotros nos desvenciamos de los presupuestos sobre los procesos de expresión y de pensamiento arraigados en la psique por las generaciones de la cultura escrita» (p. 30).

Otros estudios

Los estudios de Parry desencadenaron una sucesión de trabajos sobre la oralidad en la historia de la literatura y de la cultura. Un nombre de importancia fue el profesor de Harvard y Yale Eric Havelock, que estudió el alfabeto griego y lo relacionó con la cultura helenística, determinando un cambio en las mentalidades. El semiótico Marshall McLuhan y otros sondaron al respecto de las operaciones mentales efectuadas en la oralidad y en la cultura escrita.

Incluyéndose entre aquellos que siguieron la línea propuesta por Parry, el lingüista Walter J. Ong, autor del libro que estamos comentando, reconoce la infinita capacidad de asociación a otros campos de estudios de los descubrimientos de los helenistas estadounidenses.

Ampliando la visión de esas posibilidades de conexiones, Ong cita entre otros antropólogos que abrazaron la cuestión de la oralidad más profundamente: Jack Goody, que estudia el pasaje de un estado de conciencia a otro más elaborado y complejo, o del «pensamiento salvaje», de Lévy-Strauss, a otro más culto. Lo que para Ong podría ser simplificado, teniéndose en cuenta el pasaje del estado oral para lo escrito, en las sociedades estudiadas.

El poder de la palabra

En las culturas orales, el significado de la palabra es distinto de la cultura escrita. Si en las primeras la palabra existe en cuanto es narrada, es decir, percible en cuanto solo permanece como sonido, en la segunda ella, es recuperable si es almacenada en libros. De acuerdo con el autor, eso explica, probablemente, el dote de poder atribuido a las palabras en las comunidades orales, para quienes, la palabra proferida es depositaria de una dimensión

potencialmente mágica. Mientras tanto, en una cultura oral, la sujeción de las palabras al sonido es tan determinante para las maneras de expresarlas como para los procesos mentales, que las producen. Como las ideas no pueden ser anotadas, el pensamiento necesita del amparo virtual de la comunicación. Para retener y recuperar el pensamiento es preciso articularlo con modelos o arquetipos mnemónicos, tallados para que sean repetidos oralmente.

Así, ritmo, antítesis, aliteraciones, asonancias y sintaxis son elementos que, entrelazados, auxilian el proceso de memorización de los discursos de las formas poéticas, como proverbios, adagios y partes temáticas de narrativas: el héroe, el combate, etc. De acuerdo con Ong, es oyendo, asimilando y repitiendo lo que se oye que los participantes de las culturas orales aprenden el dominio de las fórmulas estandarizadas del discurso poético y se tornan aptos para reproducirlas, y también recombinarlas en el recuento.

Características de la tradición oral

Más aditivos que subordinativos, más agregativos que analíticos y más redundantes o afectos a las copias, el pensamiento y la expresión en las culturas orales tienen una propensión más conservadora acerca de la vida común, a los hábitos de lo cotidiano, donde los procesos de pensamiento y expresión nacieron de competencias puramente naturales.

Sin embargo, es innegable el avance tecnológico posibilitado por la escritura en la ciencia, en las artes e igual en el lenguaje, las culturas orales producen vocalizaciones artísticas valiosas que son imposibilitadas a las mentes letradas, cuyos procesos cognitivos se originan no en las capacidades naturales, pero en la organización estructural de esas capacidades.

La transformación

La dislocación sensorial efectuada por la adquisición de la escrita transforma la palabra y su uso, así como los modos del pensamiento. De la dimensión oral hasta la perspectiva imaginativa, la escritura establece una especie de distanciamiento que apunta para un refinamiento de la palabra, ahora objeto del análisis y perfección, ya que los procedimientos de elección para registro obedecen a las reglas anteriormente determinadas, y la palabra puede ser borrada o cambiada en la superficie del texto.

Con la palabra impresa, los modos de aprehensión y transmisión de los textos se modifican todavía más. La ciencia y la literatura son afectadas por la cualidad y capacidad de reproducción del soporte, lo que también contribuye para la evolución de las capacidades analíticas e interpretativas de los lectores del texto impreso.

Incontestablemente fundamentado en estudios de teóricos de varias áreas del conocimiento epistemológico, lingüístico, literario y semiótico, Ong muestra en esta obra no solamente la oralidad como medio comunicativo comprometido con los procesos del pensamiento, sino también como el estremecimiento provocado por la adquisición de la escritura en los procesos de aprehensión del conocimiento humano. Asimismo, es muestra de una amplia reflexión que vino a reconducir el tema de la oralidad para otras posibilidades de conexión, con otros campos de estudios, sobre otros puntos de vista.